

‘UNA FORMA EXTRAORDINARIA DE PROCEDER’: WINSTON CHURCHILL, CUBA Y EL OCASO DE UNA ERA (1895)

DAVID SARIAS RODRÍGUEZ

Universidad CEU San Pablo

david.sariasrodriguez@ceu.es

RESUMEN: Winston Churchill experimentó su bautismo de fuego en el curso de un viaje a Estados Unidos y Cuba que tuvo lugar entre diciembre de 1895 y enero de 1896. Estos eventos son relevantes por lo que revelan del carácter y la personalidad del futuro Primer Ministro y la dimensión formativa sobre esa personalidad de su primera exposición a la política y la cultura de los Estados Unidos, entonces una nación emergente a punto de irrumpir en la escena global; y de las de la Cuba colonial, entonces en ciernes de pasar del dominio colonial español a la esfera de influencia estadounidense. Asimismo, estos hechos son enormemente reveladores de la sociedad británica de la época, que ya experimentaba los cambios sufridos durante el tránsito entre el mundo victoriano y el de la gran crisis que se desencadenó a partir de 1914.

PALABRAS CLAVE: Churchill – Cuba – Modernidad – Democracia – Imperialismo – Estados Unidos – España – Gran Bretaña

‘AN EXTRAORDINARY PROCEEDING’: WINSTON CHURCHILL, CUBA AND THE TWILIGHT OF AN AGE (1895)

ABSTRACT: Winston Churchill experienced his baptism of fire during a trip to the United States and Cuba that took place between December 1895 and January 1896. These events are relevant because of what they reveal about the character and personality of the future Prime Minister and because of the formative dimension upon said personality of his first exposure to the politics and culture of the United States, then an emerging power on the brink to break into the global sphere; and those of colonial Cuba, then about to transit from Spanish colony to the sphere of influence of the United States. Also, these events are enormously revealing of the nature of British society, which was already expe-

David Sarias Rodríguez. Especialista en Historia del Pensamiento Político y los Movimientos Sociales, con un interés especial en el movimiento conserador norteamericano y el pensamiento liberal-conservador anglo-americano.

riencing the transformations enduring during the transit between the Victorian world and the great crisis that began from 1914.

KEYWORDS: Churchill – Cuba – Modernity – Democracy – Imperialism – United States – Spain – Great Britain

En un artículo publicado por el *Newcastle Leader* en 7 diciembre de 1868, cuando el joven Winston Churchill aún se encontraba en La Habana, concluía con la observación de que “pasarse las vacaciones luchando en las batallas de otros es una forma extraordinaria de proceder, incluso para un Churchill”.¹ Habida cuenta de la semántica comparativamente contenida de la prensa británica de la época, debe traducirse el “extraordinario” por “temerario” (*reckless*) o, posiblemente “enloquecido” (*erratic*) que es como otros contemporáneos menos remilgados, incluida la propia madre de Churchill, describieron el episodio organizado y protagonizado por el futuro Primer Ministro cuando, en las postrimerías de 1895, decidió viajar por primera vez, junto a su compañero de armas Reginald Barnes, más allá del ámbito europeo para visitar Estados Unidos y, subsecuentemente, unirse en calidad de observador militar oficioso y corresponsal de guerra a las tropas españolas que, mandadas por el general Martínez Campos, trataban de sofocar la revolución independentista de los mambises cubanos.²

INTRODUCCIÓN

En realidad, el *Leader* se dejaba llevar por la confusión y cierto sensacionalismo: Churchill no “peleó” sino que se limitó a acompañar a los españoles y estar presente pero sin, en sus propias palabras, “disparar ni una vez” en las acciones bélicas entorno a la batalla de La Reforma. El artículo, no obstante, acertó en el calificativo sobre la empresa y, además, contribuyó a crear cierta mitología sobre el incidente que aún hoy persiste tanto entre el público general pero educado como entre los historiadores. La confusión es entendible, en buena medida, por la relativa inatención que el viaje de Churchill a Cuba ha despertado entre los historiadores más académicos que han examinado la vida del mandatario inglés.

La biografía de Martin Gilbert –la oficiosa y probablemente el texto canónico en la materia– y la de Roy Jenkins –menos oficiosa, pero considerablemente más malévola y por tanto informativa– apenas dedican cinco páginas entre

1 [Columna sin titular] *New Castle Leader*, 7 de diciembre 1895.

2 *Ibíd.*; [Columna sin titular], *Star*, 6 de diciembre 1895; Lady Randolph Churchill a Winston Spencer Churchill [en adelante WSC], 11 Octubre 1895, reproducida en Randolph S. CHURCHILL, *Winston S. Churchill. Youth*, London: C&T, 1966 London.

ambas a las aventuras caribeñas del biografiado; el excelente monográfico de Richard Toye acerca de las percepciones sobre el imperio de Churchill aún menos, a pesar de tratar un objeto de análisis absolutamente central a los eventos de Cuba.³ Sin embargo, las actividades de Churchill en la isla sí han recibido la atención de algunos investigadores serios pero menos académicos y más orientados hacia la historia estrictamente narrativa y con un sesgo casi universal hacia la historia militar. Destaca el utilísimo libro recientemente publicado por el ex-militar canadiense Hal Phillip Keplac – la excepción a la norma, en el sentido de que conoce la lengua castellana y ha consultado las fuentes españolas.⁴ La obra de Keplac ofrece una detallada descripción de los sucesos protagonizados por el joven Winston en la isla. Algo similar ocurre con el capítulo dedicado a las aventuras cubanas de Churchill en el monográfico escrito por Douglas S. Russell, a la sazón ex-militar norteamericano, sobre la dimensión militar de la biografía de Churchill. Ambas obras contribuyen a clarificar algunos de los mitos y realidades que rodean al viaje de Sir Winston a la colonia española, como el origen de su adicción a los puros (que Churchill adquirió en la academia militar de Sandhurst, años antes de pisar la isla) y a las siestas (Churchill sí conoció el hábito con las tropas españolas y lo mantuvo hasta el final de sus días).⁵ Otro ex-militar norteamericano, Carlo D'Este también centrado en el aspecto bélico de la vida de Churchill, ha dedicado algunas páginas al viaje de Cuba.⁶

Quizás más sorprendente sea la completa ausencia de trabajos sobre la estancia de Churchill en Cuba en la literatura en castellano. La eficiente biografía de José Vidal por ejemplo no han demostrado mayor interés en la cuestión que sus equivalentes en inglés y apenas dedica unos párrafos a la materia. En la propia Cuba, la historiadora local Lourdes Méndez Vargas ha publicado un monográfico sobre esta temática pero hasta la fecha es inaccesible desde España y, aparentemente, se centra en una perspectiva narrativa y local de la aventura churchiliana centrada en la población de Arroyoblanco.⁷ Estas líneas, por tanto, se justifican en primer lugar por la evidente carencia de la literatura en lengua española y, en segundo lugar, por el dominio de las perspectivas más descriptivas tanto en la literatura española como en la anglosajona. Añadido, claro está, al interés intrínseco de evaluar el viaje de Churchill a Cuba por

3 Martin GILBERT, *Churchill. A Life*, London: Pimlico, 2000; Roy JENKINS, *Churchill*, London: McMillan, 2001; Richard TOYE, *Churchill's Empire. The World That Made Him and the World He Made*, London: McMillan, 2010.

4 Hal P. KLEPAK, *Churchill Comes of Age. Cuba 1895*, Stroud: Spellbound, 2015.

5 Douglas S. RUSSELL, *Winston Churchill. Soldier*, London: Conway, 2005.

6 Carlo D'ESTE, *Warlord: A Life of Winston Churchill at War, 1874-1945*, New York: HarperCollins, 2008.

7 Lourdes MÉNDEZ VARGAS, *Arroyoblanco: La Ruta Cubana de Churchill*, Sancti Spiritus: Luminaria, 2014.

lo que supuso, en primer lugar, de experiencia formativa del carácter de uno de los principales líderes de las democracias occidentales durante dos guerras mundiales y la Guerra Fría y, en segundo lugar, por lo enormemente revelador de algunas de las principales características las élites políticas y sociales durante la etapa eduardiana.

LOS CHURCHILL EN LA SOCIEDAD BRITÁNICA

El matiz es crucial. Aunque Winston Churchill nació (1874) y viajó a Cuba (1895) durante el reinado de la reina-emperatriz Victoria (1837-1901) y el apogeo del Imperio Británico, Churchill solo puede entenderse como uno de los personajes clave del periodo de transición que media entre el mundo victoriano dominado por los británicos en lo político, el liberalismo clásico articulado sobre el patrón oro y la expansión de los acuerdos de nación más favorecida dominantes desde el Tratado Cobden-Chevalier de 1860 en lo económico y la modernidad industrializada en lo cultural por un lado; y la segunda modernidad dominada por los norteamericanos en lo político, las variantes de socialdemocracia en lo cultural y el sistema de Bretton Woods en lo económico.⁸ El apogeo político de Churchill se produce durante la gran crisis que media entre 1914 y 1945 y su ocaso cuando presidió el gobierno conservador de 1951-1955 y durante el que Isabel II sucedió a Jorge VI. En otra maravillosa metáfora en una biografía que las concatena sin solución de continuidad, Churchill nace durante al final pero todavía durante el esplendor imperial del largo reinado de Victoria y abandona este mundo al inicio de la era post-imperial bajo el igualmente prolongado reinado de Isabel II. Adoptando estas perspectivas, estas líneas evalúan como la vida adulta de Churchill se inicia con un viaje en el que el futuro mandatario visita por primera vez Estados Unidos, a los que claramente identifica como una potencia en ascenso y hermana pero claramente representativa –en buena medida responsable, aunque él no lo supiera aún– de una nueva etapa histórica; y por otro lado Cuba, la colonia de un imperio en declive y, aunque esto Churchill solo lo entendería más tarde, perteneciente a un mundo en extinción.

Medio siglo más tarde de visitar la isla, en sus memoria de juventud publicadas en 1930, Churchill reflexionaba sobre su retorno a Inglaterra en 1896 observando que “me alegra haber presenciado, siquiera por unos meses ese mundo que se ha desvanecido” y en el que “unos pocos cientos de grandes familias que han gobernado Inglaterra durante incontables generaciones y la han llevado al pináculo de su gloria estaban interrelacionadas hasta un nivel

⁸ La mejor aproximación a la noción de modernidad continúa siendo David HARVEY, *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change*, London: Wiley-Blackwell, 1989.

extraordinario casándose entre sí".⁹ De esas familias, como la suya, surgían "los principales hombres de Estado en el parlamento, los principales deportistas... y los oficiales del ejército y la armada." Ni que decir tiene que los deportes que contaban eran, por este orden, la caza del zorro, el polo y las carreras de caballos con obstáculos.¹⁰ Al pueblo común, está élite lo percibía "desde una enorme distancia" asomado a las verjas palaciegas desde donde el público asistía a las entradas y salidas de las carrozas a fiestas celebradas en mansiones que, en pocos años, acabarían convertidas en hoteles o museos. Churchill concurría con el embajador francés en la Corte de St. James Paul Cambdon cuando este señalaba en 1920 que había observado una revolución "más profunda que la francesa" y mediante la cual la clase dirigente inglesa ha perdido "todo su poder y buena parte de su riqueza".¹¹ El aserto es sin duda exagerado, pero ilustra la dimensión, muy real, del cambio político, económico y cultural soportado por Gran Bretaña durante la vida de Churchill.

Sea como fuere, en el otoño de 1895 ese mundo aristocrático y aun remniscente del *Ancien Régime* aun parecía pervivir y Churchill acababa de finalizar sus primeros meses como alférez (*Second Lieutenant*) de caballería en el 4º Regimiento de Húsares bajo el mando del coronel John Palmer Brabazon. Churchill había llegado al regimiento atraído por el glamour aristocrático del mismo y asistido por la ayuda del propio Brabazon que era, inevitablemente visto el comentario del propio Churchill más arriba sobre los estrechos lazos que unían a la élite política y social británica, un estrecho amigo de Lord Randolph Churchill el entonces recientemente fallecido progenitor del joven Winston.¹² No obstante, emergen ahora algunas de las peculiares características de la Inglaterra eduardiana. Durante los meses invernales se esperaba de Churchill, como del resto de oficiales, que emplearan varios meses fuera del servicio activo en actividades consideradas apropiadas para oficiales jóvenes como participar en la temporada de polo y en la de carreras de caballos de obstáculos completamente inasumibles con el sueldo de un alférez. Lamentablemente para Churchill, aunque era descendiente directo John Churchill, 1º duque de Marlborough y héroe nacional que se distinguió derrotando a los franceses durante la Guerra de Sucesión española, era el hijo de un segundón en la familia. Al igual que Lord Randolph Churchill, su progenitor, se esperaba de Churchill que sostuviera los elevados gastos inherentes a su posición social obteniendo ingresos por su cuenta.

Acostumbrado sin duda a los círculos socialmente más elevados y en un regimiento notablemente caro además de socialmente exclusivo, Churchill af-

9 Winston CHURCHILL, *My Early Life*, London: Eland, [1930]1990, p. 88-89.

10 *Ibíd.*

11 *Ibíd.*

12 Douglas S. RUSSELL, *Winston Churchill. Soldier*, London: Conway, 2005, p. 72.

rontaba unos meses de gastos en caballos, transporte y mozos lisa y llanamente desorbitados que era completamente incapaz de afrontar, más aún tras la mengua económica provocada por la muerte de su padre. Cuba, que en 1895 sufría uno de los pocos conflictos bélicos de cierta entidad y suficientemente exóticos para ser atractivos al público británico ofrecía una alternativa socialmente aceptable y, por sorprendente que parezca teniendo en cuenta que involucraba un viaje transatlántico en alojamiento de primera clase, económicamente menos ruinoso. Desconocemos en qué momento de los preparativos para el viaje Churchill se aproximó a los editores del *The Daily Graphic*, un periódico ilustrado para el que su padre –como el propio Churchill, eternamente endeudado– ya había escrito durante un viaje a la India que realizó tras caer políticamente en desgracia.¹³ Inexplicablemente, esta dimensión del viaje, la de Churchill ganándose la vida con la palabra escrita y ejerciendo por primera vez de periodista, normalmente queda relegada a un segundo y casi anecdótico lugar en la literatura. En realidad, se trata de un detalle absolutamente central.

En primer lugar y desde la perspectiva más inmediata, tal y como todos los autores señalan, sabemos que el viaje a Cuba (por no mencionar las escalas en Estados Unidos, que se añadirían más adelante), siendo más económico que la temporada ecuestre en Inglaterra, habría sido inviable solo con las finanzas familiares de los Churchill: cuando el joven Winston informó a su madre de sus planes, le pidió ayuda para el pasaje y esta consintió, a regañadientes, pero los costes, al menos en principio, eran considerablemente más elevados de lo que Churchill podía permitirse con su sueldo de alférez. Más importante, como indicamos más arriba Churchill replicaba aquí un comportamiento aprendido de su padre y que aplicaría a lo largo del resto de su vida. La prensa, y más aún la prensa ilustrada, eran vehículos aun relativamente novedosos –*The Daily Graphic*, por ejemplo, fue fundado en 1889, apenas seis años antes del periodo de estudio, con ánimo de competir contra el *Illustrated London News*, fundado a su vez en 1842– dirigidos a un público de masas capaz de sostener varios medios de comunicación y, en el proceso, los extravagantes gastos de aristócratas inquietos y con facilidad para la pluma.

Más aún, todo indica que el espíritu de emulación paterno de Churchill iba mucho más allá de la cuestión pecuniaria: como su padre, ya ansiaba adquirir fama con intenciones claramente políticas. Los biógrafos de Churchill han subrayado, y con toda probabilidad correctamente, que una de las principales motivaciones psicológicas de Churchill para emprender el viaje Cuba era someterse a la mayor prontitud posible a su bautismo de fuego –es bueno enfatizar que se trata en buena medida de historiadores que han sido militares de carrera particularmente bien situados para empatizar con la mentalidad de un oficial

13 Martin GILBERT, *Churchill. A Life*, London: Pimlico, 2000, p. 8, 56-60.

inexperto, joven y ansioso por probarse en una situación de combate real.¹⁴ Menos común, como subraya Hal Klepak, es hacer semejante cosa por cuenta y riesgo de uno y sin el apoyo psicológico de los compañeros de armas. Es evidente que Churchill prefirió correr el riesgo de descubrirse un cobarde bajo el fuego lejos de su Inglaterra natal y de sus propios compañeros. Y es que, como Roy Jenkins no se cansa de recordar a sus lectores, Churchill calculaba sus actividades –heroicidades incluidas y, por tanto, posibles momentos embarazosos también– con un ojo puesto en los efectos publicitarios de las mismas.¹⁵ Sabemos muy poco sobre cómo y por qué Churchill contactó con los editores del *Graphic*, pero sí es notorio que en sus múltiples y exitosas aventuras de los años siguientes en la India, Sudán y Sudáfrica y hasta las elecciones de 1900, Churchill siempre subordinó el aspecto militar de su carrera al publicitario y auto-propagandístico con vistas a una subsecuente carrera política en la estela, es crucial no olvidarlo, paterna. El fenómeno no es nada inhabitual: el selecto grupo de grandes guerreros-estadistas que va de César al propio Churchill, pasando por Napoleón y posiblemente Abraham Lincoln se caracteriza por la habilidad militar, pero destaca aún más el instinto por la propaganda.¹⁶

Poco sorprende, por tanto, que dos años más tarde Sir Herbert Kitchener, entonces *Sirdar* (comandante en jefe) de las fuerzas anglo-egipcias que se aprestaban a invadir Sudán se negara en redondo a incorporar a Churchill a sus fuerzas, al considerarle un “autopublicista” y un “cazador de medallas” potencialmente peligroso.¹⁷ Kitchener se expresaba así después de leer los múltiples artículos de Churchill sobre su expedición a Cuba y un volumen sobre sus aventuras en la India –todo ello decididamente auto-propagandístico. El alzamiento colectivo de cejas entre el *establishment* político y militar ante la patente subordinación de lo estrictamente militar a la creación de una imagen pública de Churchill se inició, no obstante y como puede apreciarse en el título, ya durante la estancia de este en Cuba, cuando incluso la prensa ya apuntaba que el joven Churchill “ha heredado una considerable porción de la inteligencia de su padre y, consciente de ello, tiene la determinación de dejar el ejército e iniciar una carrera política.”¹⁸ Hoy, además, sabemos que en apenas un lustro Churchill dejaría las armas en aras de una carrera estrictamente política. Nadie, mucho menos aquellos que le sufrieron de cerca como Kitchener, se sorprendió. En la Cuba de 1895 se vieron los primeros pasos de esa carrera,

14 Hal P. KLEPAK, *Churchill Comes of Age. Cuba 1895*, Stroud: Spellbound, 2015, p. 44; Douglas S. RUSSELL, *Winston Churchill. Soldier*, London: Conway, 2005, p. 105.

15 Hal P. KLEPAK, *Churchill Comes of Age. Cuba 1895*, Stroud: Spellbound, 2015, p. 44.

16 Adrian GOLDSWORTHY, *Caesar*, London: Phoenix, 2006; Frank McLYNN, *Napoleon. A Biography*, London: Pimlico, 1998; Doris KEARNS GOODWIN, *Team of Rivals: The Political Genius of Abraham Lincoln*, New York: Simon & Schuster, 2012.

17 Roy JENKINS, *Churchill*, London: McMillan, 2001, p. 35-36.

18 'Table Talk', *Morning Post*, 10 de diciembre 1985.

inspirada en el ejemplo paterno y en la que lo militar siempre estuvo al servicio de lo político.

La prensa y la emergente importancia de la opinión pública y la política de masas no fueron los únicos cambios a los que los Churchill, no solo Winston, su padre y su primo entonces presto a suceder en el ducado de Marlborough también se anticiparon a los eventos del siglo XX cuando participaron del intenso tráfico social y cultural que unía a las élites británicas y norteamericanos. Jennie Jerome, la madre de Churchill, era después de todo, originaria del barrio neoyorkino de Brooklyn y su unión con Lord Randolph supuso una alianza social y económica entre uno de los segundones del 7º duque de Marlborough y la fortuna, originada en la nada aristocrática especulación inmobiliaria, de los Jerome –no deja de ser relevante que ambos se conocieran por mediación del decididamente nobiliario Príncipe de Gales.¹⁹ Evidentemente, la unión entre el viejo poder aristocrático de las islas y la alta burguesía norteamericana ni se limitó a este caso ni debe tomarse a la ligera. En otra de esas notables casualidades que trufan la vida de Churchill en general y su aventura caribeña en particular, su estancia en Nueva York coincidió con la boda de su primo Charles Spencer-Churchill con Consuelo Vanderbilt, a la sazón un enlace entre el 9º duque de Marlborough y la heredera de la famosa familia de titanes ferroviarios y navieros. Obsérvese el nada casual escalón entre la riqueza de los Jerome / Vanderbilt por un lado y el parejo diferencial entre el estatus social del ala de la familia propiamente ducal y los segundones, todo en un espíritu maravillosamente recogido en la literatura más socialmente alerta de la época.²⁰

CHURCHILL EN ESTADOS UNIDOS

La trayectoria vital churchiliana subraya, también, el notable impacto sustantivo sobre lo político de estas dinámicas sociales. Jennie Jerome puso una red de contactos entre la élite social de los Estados Unidos tan densa como la que había desarrollado en el Reino Unido al servicio de los intereses de su hijo contribuyendo, aunque probablemente sin saberlo, de forma sustancial a la formación del joven Winston. Si las fuentes archivísticas claramente apuntan al espíritu de emulación paterno como uno de las propelentes de la hiperactividad churchiliana, un segundo patrón de comportamiento que serviría de guía al joven periodista y político en ciernes es el de Bourke Cockran. Un abogado de origen irlandés célebre por su considerable habilidad oratoria –y por haber impresionado al futuro Primer Ministro, su estrecha amistad es el prin-

19 Martin GILBERT, *Churchill. A Life*, London: Pimlico, 2000; Roy JENKINS, *Churchill*, London: McMillan, 2001, p. 4-7.

20 Edith WARTON, *The Buccaneers*, London: Penguin, [1937] 1992.

cial motivo por el que Cockran es recordado hoy. Cockran conoció a Jennie Churchill en París apenas unos meses después de que ambos enviudaran y cuando ella aún retenía una belleza física “más propia de una pantera que de una mujer” y Cockran un considerable carisma.²¹ Las consecuencias del encuentro dejan poco lugar a la imaginación –notablemente a la siempre fértil, y cuando se trata de los Churchill un tanto calenturienta, de Roy Jenkins– y resultaron en Lady Churchill encomendando el cuidado del joven Churchill a Cockran.²²

El resultado fue exponer por primera vez a Churchill a la realidad norteamericana. En primer lugar a la dimensión de esa realidad encarnada por el propio Cockran, un político profesional acostumbrado a operar en un contexto en el que la idea y la práctica de la democracia de masas se vivía con mucha mayor intensidad que en la Inglaterra aún victoriana de la que procedía Churchill: trazas de los recursos oratorios, notablemente cierta grandilocuencia ajena al todavía contenido estilo político dominante en Reino Unido, aprendidos de Cockran son fácilmente detectables en la retórica churchiliana. Durante el célebre Discurso de Fulton pronunciado medio siglo más tarde, Churchill observó expresamente cómo había “usado con frecuencia las palabras que aprendí hace cincuenta años” de Cockran.²³

Asimismo, al igual que en el caso de Randolph Churchill, el sectarismo partidista –o la lealtad de partido, según los críticos– jamás se interpuso a la ambición de poder: si Lord Randolph se saltó la disciplina *tory* convirtiéndose en el centro de un “cuarto partido” más que dispuesto a amargarle la existencia tanto los líderes de su propio Partido Conservador como a los liberales entonces en el gobierno apelando directamente a la entonces emergente opinión pública; Cockran, por su lado originalmente un Demócrata acostumbrado a operar en la notoria “maquina política” –eufemismo en inglés de las corruptelas clientelares mediante las que el partido controlaba la ciudad de Nueva York– de Tammany Hall, tampoco tuvo el menor reparo en pasarse a los Republicanos de McKinley cuando los populistas de William Jennings Bryan se hicieron con el control del partido Demócrata en 1895 con un programa centrado en políticas inflacionarias dirigidas contra el patrón oro.²⁴ Churchill, que conoció a Cockran en estas fechas, emularía al norteamericano cuando practicó su propio transfuguismo doble: primero pasando del partido Conservador al Liberal en 1906 para retornar al conservador en 1925. Como en el caso de Cockran,

21 Mary LOVELL, *The Churchill's in Love and War*, New York: W. W. Norton & Company, 2011, p. 24.

22 Roy JENKINS, *Churchill*, London: McMillan, 2001, p. 83-85.

23 Winston CHURCHILL, 'An Iron Curtain Has Descended' en Winston CHURCHILL, *Never Give In! Winston Churchill Political Speeches*. London: Bloomsbury, 2004, 344-355; Roy JENKINS, *Churchill*, London: McMillan, 2001, p. 29.

24 Hal P. KLEPAK, *Churchill Comes of Age. Cuba 1895*, Stroud: Spellbound, 2015, p. 81-82.

las motivaciones de Churchill era en parte ideológicas: en 1905 se opuso al proteccionismo de los Conservadores y en 1925 a la creciente aproximación de los liberales al partido Laborista. No obstante, como casi siempre cuando se trata de Churchill, el compromiso ideológico es perfectamente reconciliable con el cálculo político y la ambición de poder: el pase a los liberales, en particular, le evitó sufrir la debacle conservadora de las elecciones de 1906 y le facilitó un puesto en el subsiguiente gobierno liberal.²⁵

En segundo lugar, el viaje le supuso a Churchill una primera exposición a la vida y cultura de los Estados Unidos. La experiencia es valiosa porque gracias a la mediación de Cockran, y a su propia posición social, Churchill pudo codearse con lo más selecto de la sociedad neoyorkina, inclusive los Vanderbilt, “compartir cena” con un “juez del Tribunal Supremo” al que luego pudo observar en ejercicio durante en un juicio que concluyó con el reo condenado a muerte, por no mencionar la “pertenencia a todos los clubs” socialmente relevantes de la ciudad.²⁶ Las observaciones presentes en la correspondencia familiar de Churchill reflejan claramente la reacción ambivalente típica del conservadurismo británico –y europeo en general– ante el evidente ascenso económico y político de los norteamericanos. Churchill se encontró a sí mismo “impresionado por muchas cosas” de unos Estados Unidos “lleno de contradicciones y contrastes” hasta el punto de que confesó la necesidad de “reflexionar y digerir lo que he visto antes de formarme una opinión”.²⁷

Visto el carácter de Churchill, poca sorpresa cabe cuando uno comprueba que la “reflexión” apenas duró unos minutos. La correspondencia está permeada de admiración por un vigoroso espíritu empresarial del que, a su vez, se derivaban los logros tecnológicos y organizativos, o “utilitarios” en los términos empelados por el propio Churchill, logrados por los norteamericanos “sin necesidad de confiscar la propiedad de los ricos de imponer impuestos arbitrarios”.²⁸ Si las bases navales y el crucero acorzado *New York* despertaron mera indiferencia –todo un elogio en alguien familiarizado con el poder de la Royal Navy–, el joven Winston se detuvo en el “extraordinario” sistema de transporte público de Nueva York que incluía ya entonces una compleja red de trenes elevados, ferris y funiculares “perfectamente integrados” y “accesibles

25 Randolph S. Churchill, in *Winston S. Churchill*, vol. 2 *Young Statesman 1901-1914*, London: C&T, 1967 London, p. 65-82.

26 WSC a Lady Randolph, 10 noviembre 1895, reproducida en Randolph S. CHURCHILL, *Winston S. Churchill. Youth*, London: C&T, 1966 London.

27 WSC a Mrs John Leslie, 12 noviembre 1895 reproducida en Randolph S. CHURCHILL, *Winston S. Churchill. Youth*, London: C&T, 1966 London.

28 WSC a Jack [Churchill], 15 noviembre 1895 reproducida en Randolph S. CHURCHILL, *Winston S. Churchill. Youth*, London: C&T, 1966 London.

para ricos y pobres” o la “increíble” organización y los recursos tecnológicos de los parques de bomberos.²⁹

Cosa distinta fue la percepción de la cultura norteamericana. El joven Winston consideró a los norteamericanos un pueblo “¡extraordinario!” (sic) y particularmente hospitalario —aunque es aconsejable situar estas opiniones en el contexto de la más que notable frialdad británica.³⁰ No obstante, aunque Churchill ya estuviera transitando hacia una vida pública desprovista de los restos del *Ancien Régime* entre los que él mismo había nacido, el contacto por primera vez con una sociedad donde la pulsión democrática y socialmente igualitaria era ya dominante casi un lustro antes, cuando Tocqueville publicó su *Democracia en América*, supuso un *shock* cultural más que notable. El esnobismo de clase probablemente inevitable en un aristócrata europeo —después de todo, ni Tocqueville puedo evitarlo— se refleja particularmente en su opinión “muy desfavorable” de una prensa que era “vulgar” en el mejor de los casos.³¹ Peor aún, la prensa en realidad reflejaba, en opinión del joven viajero, la naturaleza de la sociedad norteamericana. Si el contenido publicado en los medios estadounidenses consistía, según Churchill, en “vulgaridad despojada de verdad”, esto se debía a que incluso los “mejores periódicos” se orientan a lectores de la categoría de “asistentas y criados con aires”. La influencia de la masa era tal que “incluso los mejor educados están tan viciados que son incapaces de valorar el auténtico estilo”. Los norteamericanos, en resumen, eran en su opinión un pueblo tecnológicamente avanzado pero culturalmente “vulgar” (el término aparece repetidamente en la correspondencia) y “crudo”.³²

Estos pasajes son notables porque revelan el alineamiento temprano e instintivo de Churchill con cierta tradición conservadora dominante en buena parte del conservadurismo europeo y, a partir de los años cincuenta, incluso en el norteamericano. Las observaciones acerca del vigor tecnológico unido a la ausencia de profundidad cultural de los norteamericanos pueden encontrarse en las reflexiones de otros viajeros europeos tan variados como Tocqueville u Ortega y Gasset, pasando por el británico Enoch Powell o en el trabajo de norteamericanos conservadores y filo-europeos como Russell Kirk.³³ Churchill

29 WSC a Mrs John Leslie, 12 noviembre 1895; WSC a Mrs John Leslie, 12 noviembre 1895; WSC a Jack [Churchill], 15 noviembre 1895, reproducidas en Randolph S. CHURCHILL, *Winston S. Churchill. Youth*, London: C&T, 1966 London.

30 WSC a Lady Randolph, 10 noviembre 1895, reproducida en Randolph S. CHURCHILL, *Winston S. Churchill. Youth*, London: C&T, 1966 London.

31 WSC a Lady Randolph, 10 noviembre 1895; WSC a Mrs John Leslie, 12 noviembre 1895, reproducida en Randolph S. CHURCHILL, *Winston S. Churchill. Youth*, London: C&T, 1966 London.

32 WSC a Mrs John Leslie, 12 noviembre 1895, reproducida en Randolph S. CHURCHILL, *Winston S. Churchill. Youth*, London: C&T, 1966 London.

33 José ORTEGA Y GASSET, *La Rebelión de Las Masas* [1937], p. 15, 138; Simon HEFFER, *Like The Roman. The Life of Enoch Powell*, London: Faber and Faber, 1998, p. 71, 74, 900-901; la perspectiva

jamás abandonaría estas filias tradicionalista y eurocéntricas –unidas a una notable fascinación por la innovación tecnológica– que claramente se gestaron durante esta etapa temprana de su vida y tienen una raíz espontánea e instintiva con, en 1895, limitadísimos elementos de reflexión más o menos cerebral: como sus biógrafos no se cansan de señalar, cuando viaja a Cuba la educación de Churchill, hasta entonces un mal alumno de secundaria desde donde pasó a la academia militar menos intelectualmente exigente y, para desesperación de sus padres al tercer intento, era pavorosamente superficial. No será hasta su llegada a la India cuando, consciente de su limitada educación, Churchill emprende un programa de autoayuda literario.³⁴ Aun así, ya en esta etapa temprana Churchill demuestra una flexibilidad que le hace aproximarse a la modernidad norteamericana con un optimismo enteramente ausente en, por ejemplo, los pesimistas pasajes de Ortega o Russell Kirk reseñados anteriormente. En opinión de del veinteañero Churchill, la vulgaridad de los norteamericanos era “un síntoma de fuerza” asimilable a la de un “joven ruidoso” que “perpetra toda clase de horrores contra la buena educación” cuando se encuentra “entre las señoronas estiradas” de este lado del Atlántico.³⁵

CHURCHILL, CAMINO DE CUBA

Afortunadamente para Churchill tanto en la Gran Bretaña como en la España de la época todavía se observaban normas de comportamiento decididamente anticuadas. Lejos de “haber presenciado apenas durante unas semanas” ese mundo en decadencia en el que había nacido, Churchill solo pudo realizar el viaje a Cuba combinando formas de comportamiento propias de un gobierno netamente aristocrático con las arriba descritas y propias de una figura política hábilmente adaptada a la política de masas. En otras palabras, el joven Winston exprimió a fondo las ventajas que le otorgaban las redes sociales concomitantes a su situación social para esquivar los más que evidentes obstáculos burocráticos y normativos para sus ambiciones aventureras y propagandísticas. El viaje de Churchill a Cuba habría sido lisa y llanamente imposible para un oficial de su edad y de una extracción social más convencional. Tal y como Hal Klepac detalla, la presencia de oficiales británicos como observadores neutrales en otros ejércitos decimonónicos y en combate no era particularmente excepcio-

del conservadurismo norteamericano en Russell KIRK, *Confessions of a Bohemian Tory*, New York: Fleet Publishing Corporation, 1963; un magnífico análisis sobre cómo estos tropos se reproducen en el antiamericanismo español en Daniel FERNÁNDEZ DE MIGUEL, *El Enemigo Yanqui: Las Raíces Conservadoras del Antiamericano Español*, Madrid: Genuve Ediciones, 2012.

³⁴ Roy JENKINS, *Churchill*, London: McMillan, 2001, p. 24-25.

³⁵ WSC a Jack [Churchill], 15 noviembre 1895, reproducida en Randolph S. CHURCHILL, *Winston S. Churchill. Youth*, London: C&T, 1966 London.

nal –notablemente, por ejemplo, en la Guerra Franco-Prusiana de 1870-1871, la Guerra Ruso-Turca de 1877-1878 o la Guerra de Secesión Americana.³⁶ Como es fácil imaginar, el ejercicio era útil para incrementar la experiencia y prestigio del oficial en cuestión, y también para las autoridades militares, ya que permitía evaluar nuevas técnicas de combate o –como sería el caso del propio Churchill– el funcionamiento de nuevos sistemas de armamento. Lo normal, no obstante, era que se encomendara estas misiones a oficiales aun relativamente jóvenes pero con suficiente experiencia como para poder realizar el ejercicio, lo que en términos de escalafón militar tendía a traducirse en comandantes (*major* en inglés) o coroneles. Churchill era en 1895 un mero alférez, lo que le situaba entre dos y tres empleos por debajo de la norma, y entonces recién salido de la academia por lo que en un ejército en tiempo de paz la empresa de Cuba suponía ocupar la plaza de un compañero de armas entre siete y diez años por delante en la carrera militar. Quizás más importante, en circunstancias normales a los alféreces, entonces como ahora, aún se les considera oficiales en formación ya que, como le ocurría al joven Winston, sus conocimientos militares se circunscribían a lo aprendido en el aula y el circuito de entrenamiento: magros méritos para mandar unidades pequeñas y evidentemente insuficientes para evaluar el comportamiento en combate real de equipos o personas.

El peculiar periplo de Churchill en la senda del privilegio empezó probablemente con el coronel Brabazon cuyo permiso, siendo el oficial al mando de su regimiento, le era imprescindible. Afortunadamente para él, el Coronel sentía cierta debilidad por los Churchill. Además, también facilitó las cosas que Brabazon procediera de una forma de entender la milicia en la que para acceder a los empleos en la categoría oficial en el ejército todavía pesaba la capacidad de compra y el pedigrí familiar. Brabazon, por ejemplo, adquirió cierta notoriedad cuando vendió su empleo para dedicarse a administrar sus extensas haciendas para más tarde cambiar de opinión y retornar a la milicia.³⁷ En la misma línea, aunque la práctica de comprar empleos ya se había abolido y el acceso a las academias exigía pasar pruebas de entrada –que Churchill, para desesperación de sus padres, aprobó al tercer intento y por la mínima– el jefe del estado mayor durante tres décadas y hasta ese mismo año de 1895 era el duque de Cambridge, a la sazón miembro de la familia real y firme partidario de restringir el cuerpo de oficiales a los sectores sociales más refinados.³⁸

Se entiende así mejor que la propuesta de Churchill le pareciera a Brabazon, como nos dice la correspondencia del interfecto, una idea magnífica. Algo

³⁶ Hal P. KLEPAK, *Churchill Comes of Age. Cuba 1895*, Stroud: Spellbound, 2015, p. 61.

³⁷ *Ibid.*, p. 36-37.

³⁸ *Ibid.*, p. 56-57.

similar ocurriría con el resto de autoridades militares y civiles relacionadas con la proyectada aventura. Tras lograr el consentimiento de Brabazon, Churchill obtuvo la colaboración del embajador de Su Graciosa Majestad en Madrid, Sir Henry Drummond Wolff al que Churchill también pudo aproximarse empleando de nuevo las redes sociales familiares. Y es que Wolff fue un estrecho colaborador de Lord Randolph cuando éste le hacía la vida imposible a los líderes del Partido Conservador y conocía a Winston Churchill desde la infancia.³⁹ El afecto del embajador se tradujo en el consentimiento del gobierno español y sendas cartas de presentación para el joven Winston firmadas por Carlos O'Donnell, duque de Tetuán y ministro de Estado (Asuntos Exteriores) del gobierno español y de Manuel Azcárraga, entonces ministro del Ejército dirigidas al general Martínez Campos a modo de salvoconductos.⁴⁰ En adelante, una vez que contaban con ciertas garantías de que Churchill en Cuba no representaba una amenaza, las autoridades españolas facilitaron su estancia en un calculado –y razonablemente exitoso– intento de explotar el efecto propagandístico de recibir a dos oficiales británicos, uno de ellos íntimamente ligado a la élite dirigente, entre las fuerzas españolas. De nuevo, las conexiones de Churchill contribuyeron al consentimiento español: al mismo tiempo que Churchill organizaba su viaje, otro joven aristócrata inglés, el vizconde de Morpeth trataba de hacer lo propio pero desde la abierta simpatía con los rebeldes. En marcado contraste con Churchill, tanto la red de información española en Nueva York como las autoridades británicas bloquearon el viaje y enviaron a Morpeth de vuelta a Gran Bretaña. Sin el denodado apoyo de Drummond Churchill jamás habría recibido la bienvenida de los españoles.⁴¹

En la misma línea, los planes de Churchill coincidieron en el tiempo con la jubilación, tras tres décadas en el cargo y a la proveya edad de 76 años del ya anciano duque de Cambridge al frente del ejército británico y su sustitución en el puesto de comandante en jefe del Ejército por Lord Garnet Wolseley, hasta la fecha conocido por su postura crítica con las nociones anticuadas del anterior y presto a introducir reformas, como por ejemplo la promoción por mérito, para modernizar la institución y hasta entonces vistas con cierta sospecha por el duque de Cambridge. Afortunadamente para cierto joven alférez, el fervor meritocrático de Wolseley no alcanzaba a los descendientes del duque Marlborough. Aunque la vinculación de este con la familia nuclear de Winston Churchill se limitaba a cierta relación superficial con Lord Randolph Churchill, cuando el retoño de éste le solicitó autorización para la expedición –por cauces informales y antes de que el nombramiento de Woseley al frente del ejército

39 Roy JENKINS, *Churchill*, London: McMillan, 2001, p. 28.

40 Douglas S. RUSSELL, *Winston Churchill. Soldier*, London: Conway, 2005, p. 106-107.

41 Hal P. KLEPAK, *Churchill Comes of Age. Cuba 1895*, Stroud: Spellbound, 2015, p. 68.

fuera en realidad efectivo— acababa de pasar extensos periodos investigando los archivos ducales, invitado por el tío paterno de Winston Churchill, a fin de completar una biografía del célebre John Churchill. Evidentemente, el ímpetu modernizador no se interpuso al agradecimiento al clan familiar y los buenos modales.⁴² Al finalizar la entrevista entre Churchill y Wolseley, este último informó al joven alférez de que en el futuro “le ayudaría en todo lo que le fuera posible y que podía volver a solicitarle cualquier cosa que pudiera necesitar”.⁴³

El periplo burocrático-social de Churchill culminó cuando, a sugerencia de Wolseley, Churchill también se entrevistó con Sir Edward Chapman, entonces director de Inteligencia Militar en el Departamento de Guerra. Chapman, como Wolseley y Wolff, se deshizo en amabilidad, facilitándole a Churchill los mapas e información general de que disponía sobre la situación en Cuba. Más importante, Chapman aprovechó la presencia de Churchill entre los españoles para encomendarle que recolectara información y “estadísticas” sobre la situación y particularmente sobre el funcionamiento del nuevo cartucho diseñado en Alemania para los fusiles Mauser 1893 empleados por el ejército español en Cuba.⁴⁴ Era este un sistema de armas considerablemente más moderno que los rifles Remington empleados por los británicos, más preciso, con mayor poder de penetración y menor retroceso, capaz además de generar muy poco humo. De esta forma Churchill lograba no solo el permiso necesario para proceder en su pequeña aventura personal sino que además adquiriría cierto contenido oficial.

Es útil detenerse en el contexto político en el que Churchill se desenvolvía para evaluar la notable persistencia de formas de gobierno arcaicas en un marco político bajo creciente escrutinio y presión de la opinión pública. En primer lugar, desde el punto de vista de la vida política británica, las redes sociales que unían a la élite aristocrática y que Churchill, como puede apreciarse, explotó con tan notables resultados aún podían sobreponerse a la presión pública, aunque algunos periodistas particularmente despiertos observaran los posibles problemas diplomáticos que las aventuras personales de Churchill podían generar. El diario *Star*, por ejemplo, observaba correctamente que si los norteamericanos decidían reconocer a los rebeldes y así transformar un conflicto doméstico en uno internacional, Churchill se encontraría a sí mismo violando la ley británica y, desde el punto de vista del derecho internacional, bajo la consideración de “pirata de tierra firme”.⁴⁵ Recogiendo argumentos similares,

42 *Ibid.*, p. 58-59.

43 WSC a Lady Randolph, 19 octubre 1895 reproducida en Randolph S. CHURCHILL, *Winston S. Churchill. Youth*, London: C&T, 1966 London.

44 WSC a Lady Randolph, 21 octubre 1895, reproducida en Randolph S. CHURCHILL, *Winston S. Churchill. Youth*, London: C&T, 1966 London.

45 [Columna sin titular] *Star* 6 de diciembre 1895.

el *Morning Post* observaba que la llegada de un Churchill a Cuba, precisamente por su elevado estatus social, solo podía prestarse a la manipulación de los contendientes.⁴⁶ Y es que, tal y como todos los oficiales involucrados en el proceso de toma de decisiones desencadenado por Churchill sabían perfectamente, la percepción del conflicto en Cuba reflejaba fielmente las divisiones sociales en el Reino Unido. Wolseley, por ejemplo, consciente de esta realidad y reflejando la creciente importancia del escrutinio público sobre las autoridades políticas, le expresó claramente a Churchill que hubiera preferido que el viaje se realizara de forma privada y sin pedir permiso oficial.⁴⁷ De un lado, la opinión pública y buena parte de la prensa tendían a simpatizar con los rebeldes cubanos y, como puede apreciarse en el título de este artículo, recibieron las aventuras del joven Churchill con un vigoroso espíritu crítico. Otro ejemplo menos remilgado es el de el diario *Sun*, especialmente contundente cuando reflexionaba sobre “oficiales británicos apareciendo en un papel nuevo: el de amigos de la tiranía”.⁴⁸ Por otro lado, la élite gobernante –encabezada en esta cuestión por el embajador Wolff– se manifestó siempre de hecho y de palabra a favor de los intereses, perfectamente legales y éticamente impecables, de España en Cuba, consistentes en sofocar una revuelta independentista a fin de retener su propio territorio soberano. A fin de cuentas, la reina Victoria regía un estado no ya imperial, sino aún en expansión y que menos de un lustro más adelante se enfrentaría a su propia revuelta colonial durante la Guerra de los Boers en Sudáfrica. Y un conflicto, además, con notables paralelismos con el que España afrontaba en Cuba inclusive la táctica de concentrar a la población civil para ahogar la rebelión y la presencia de cierto joven aristócrata, más o menos por su cuenta, presto a publicitar sus propias heroicidades, esta vez en forma de libro.⁴⁹

La situación internacional tampoco era ni mucho menos la idónea para los planes de Churchill, en particular una vez que se incluyó la prolongada escala en los Estados Unidos. En primer lugar, en esas fechas los norteamericanos se inclinaban abiertamente por el apoyo a los patriotas cubanos y Nueva York era el foco principal de la actividad de los rebeldes cubanos en el exilio. Por si fuera poco, ese mismo año de 1895 los Estados Unidos y Gran Bretaña se enzarzaron en su propia controversia, causada por las injerencias de los norteamericanos en el conflicto fronterizo entre Venezuela y la Guayana británica.⁵⁰ Enviar a un observador militar inexperto, desconocedor de la situación en Cuba o en

46 ‘The Cuban Revolt’, *Morning Post*, 11 de diciembre 1895.

47 WSC a Lady Randolph, 19 octubre 1895 reproducida en Randolph S. CHURCHILL, *Winston S. Churchill. Youth*, London: C&T, 1966 London.

48 [Columna sin titular] *Sun*, 6 de diciembre 1895.

49 Winston CHURCHILL, *London to Ladysmith via Pretoria*, London: Longmans Green, 1900.

50 Ver Richard F. HAMILTON, *America’s New Empire: The 1890s and Beyond*, New York: Transaction Publishers, 2010.

Estados Unidos en esas circunstancias fue, como mínimo, peculiar y habría resultado imposible en un modelo de ejército –o de sociedad– más burocratizado y menos sensible a costumbres sociales propias del antiguo régimen.

CHURCHILL EN LA CUBA COLONIAL

Afortunadamente para Churchill, las autoridades españolas en Cuba resultaron ser tan receptivas a lo que podríamos llamar “informalidad de clase” como los británicos. Inmediatamente después de desembarcar en el puerto de La Habana el 20 de noviembre de 1895 procedentes de Tampa (Florida) pudieron usar las cartas de recomendación obtenidas por el embajador Wolff y tanto a Churchill como al teniente Reginald Barnes se les permitió continuar en posesión de sus armas. Y eso en un país sufriendo una rebelión y a dos viajeros que no hablaban ni una palabra de castellano, se expresaban en inglés y venían procedentes de unos Estados Unidos notoriamente amistosos con los insurgentes.⁵¹ La propaganda del gobierno español también debió contribuir a la actitud de los aduaneros: incluso antes de llegar a Cuba, la prensa afín al gobierno colonial –notablemente *El Diario de la Marina* y *El Diario del Ejército*– publicó abundantemente la llegada de los dos oficiales ingleses, en marcado contraste con el entendible silencio de los medios próximos a la rebelión.⁵²

La historia de los dos oficiales británicos durante las siguientes dos semanas hasta que abandonaron Cuba ha sido ya contada en detalle.⁵³ En busca de un frente elusivo, Churchill recorrió la isla primero por ferrocarril desde La Habana hasta la ciudad de Santa Clara, donde encontró el cuartel general del general Martínez Campos, desde ahí a Cienfuegos y embarcados en patrullera al puerto Tuna de Zaza, desde donde se desplazaron en un tren blindado a Sancti Spiritus. Desde allí, ya incorporados a la columna volante mandada por el general Suarez Valdés, se desplazaron hasta Iguará y Arroyoblanco. En los alrededores de Arroyoblanco Churchill recibe su bautismo de fuego en una escaramuza con los mambises, que finalmente presentaría batalla en La Reforma –la primera acción bélica de entidad en la que participa Churchill– para retornar desde ahí a la población de Ciego de Ávila, desde donde se desplazaron, de nuevo en tren, hasta el puerto de Júcaro, desde donde retornaron a Cienfuegos y La Habana.

En esas dos semanas Churchill logró dispersar las dudas sobre su propio temple y escribió cuatro “cartas desde el frente” a las que se añadirían varios artículos más sobre la situación en Cuba aparecidos en los siguientes meses. La experiencia fue inmediatamente notable para el futuro Primer Ministro, que retornó a Inglaterra con la seguridad adquirida bajo fuego real y cierto presti-

51 Winston Churchill, *My Early Life*, London: Eland, [1930] 1990, p. 69-70.

52 Hal P. KLEPAK, *Churchill Comes of Age. Cuba 1895*, Stroud: Spellbound, 2015, p. 88-90.

53 *Ibid.*; Douglas S. RUSSELL, *Winston Churchill. Soldier*, London: Conway, 2005, p. 104-134.

gio ante el público. También es reveladora para los investigadores ya que, de nuevo, muestra la complejidad de la perspectiva eduardiana que Churchill estaba entonces todavía desarrollando. En un ilustrativo pasaje de sus memorias Churchill recogió una conversación con el teniente coronel Benzo, a la sazón jefe del Estado Mayor de Martínez Campos, en la que el español le describía cómo la motivación española en la guerra de Cuba era “preservar la integridad de nuestro país”. Nos dice Churchill que la observación le “impresiono mucho”, ya que hasta ese momento no se “había dado cuenta de que estas otras naciones [imperiales] tienen los mismos sentimientos por sus posesiones que nosotros en Inglaterra hemos tenido siempre por las nuestras.” Estableciendo un paralelismo particularmente adecuado, Churchill concluyó que los españoles “se sentían por Cuba, aparentemente, igual que nosotros hacia Irlanda.”⁵⁴ Churchill, que hasta entonces había simpatizado, como buena parte de la opinión pública británica, con los rebeldes instantáneamente desplazó su afecto a los españoles.

En este sentido, la perspectiva racial no podía dejar de colorear las opiniones del futuro Primer Ministro. Richard Toye ha concluido convincentemente que Churchill desplegó a lo largo de toda su vida la clase de paternalismo racial resultante de mezclar cierta xenofobia y puro desconocimiento sobre las culturas no europeas con considerables dosis de eurocentrismo benevolente.⁵⁵ Así las cosas, aunque Churchill consideraba que la administración española era “intolerablemente corrupta”, también era preferible a unos rebeldes surgidos de una “raza mestiza” (la traducción no captura el desdén peyorativo implícito en el adjetivo *mongrel* elegido por Churchill en el inglés original) y dos tercios de los cuales eran “negros puros”. Tanto en este artículo como en su última “carta desde el frente”, Churchill es claro a la hora de incluir su desdén por las capacidades de los líderes de la independencia cubana, a los que describe como poco menos que terroristas indisciplinados, perfectamente incapaces de gobernarse. La salida de España, tal y como le indicó en privado a Cockran, convertiría Cuba en “otra republica de sudamericana” o lo que más tarde se denominaría “bananera”. Tampoco dudó Churchill en alertar sobre el peligro, prácticamente inevitable según él, de que la salida española de la isla desencadenaría una guerra racial.⁵⁶

Poco sorprende, pues, que en una carta a Burke Cockran fechada en 29 de febrero de 1896 Churchill le intimaba a su mentor “espero que los Estados Unidos no obliguen a España a abandonar Cuba” y tildaba a aquellos que sobre-

54 Winston Churchill, *My Early Life*, London: Eland, [1930]1990, p. 82.

55 Richard TOYE, *Churchill's Empire. The World That Made Him and the World He Made*, London: McMillan, 2010, p. xiii-xv.

56 Winston Churchill, ‘The Cuban Insurrection’, *Daily Graphic*, 13 enero 1896; Winston Churchill, ‘The Revolt in Cuba’, *Saturday Review*, 15 enero 1896.

dimensionaban los inexistentes abusos de los Españoles de “irresponsables”.⁵⁷ Sin embargo, tanto la misiva a Cockran como los textos que el joven Winston escribió la situación de Cuba en 1895 incluyen, al igual que ocurre con su percepción de los Estados Unidos y su comportamiento en el Reino Unido, de nuevo, una compleja mezcla de argumentos que hoy podemos evaluar como arcaizantes con otros considerablemente más modernos. En primer lugar, lejos de llevarse llevar por el mero racismo o la xenofobia eurocéntrica, es más que evidente que para Churchill, la principal justificación para el sostenimiento de un gobierno imperial es la eficacia desde el punto de vista económico, con un fuerte sesgo liberal, y tecnológico. Churchill es en esto notablemente consistente: la solución del problema cubano pasaba por una reforma en profundidad destinada a abrir la economía de la isla al libre mercado global, así como a eliminar la corrupción rampante en una administración “reservada a funcionarios de origen peninsular” que sólo veían en sus puestos en la isla una fuente de enriquecimiento personal –cosa distinta, como el propio Churchill admitía, es que fuera demasiado tarde para que semejantes reformas fueran aceptadas por los propios cubanos.⁵⁸ Incluso su escepticismo ante la posible intervención norteamericana estaba condicionado por esos criterios. “Lo mejor para la Cuba y el mundo sería que los Estados Unidos se hicieran con el control de la isla” pero solo si también asumían el gobierno de la misma. Dejarla a su propio albedrío sería, en opinión de Churchill, “monstruoso” pero prácticamente inevitable, en visa de la nula inclinación imperial de la opinión pública norteamericana.⁵⁹

CONCLUSIONES

En conclusión, las aventuras de Churchill muestran claramente las particularidades de un mundo en transición cultural, social y política. Además, en el viaje se cumplieron con creces los objetivos de, en primer lugar, el propio Churchill que, logró un considerable volumen de publicidad, iniciar una prometedora carrera de escritor y periodista, por no mencionar los laureles de participar en combate y la satisfacción de probarse bajo el fuego. Es especialmente útil interpretar estos eventos valorando cómo Churchill empleó su posición social particularmente afortunada: siguiendo la estela de su padre Randolph Churchill,

57 WSC a Bourke Cockran, 29 febrero 1896, reproducida en Randolph S. CHURCHILL, *Winston S. Churchill. Youth*, London: C&T, 1966 London.

58 Winston CHURCHILL, ‘The Cuban Insurrection’, *Daily Graphic*, 13 enero 1896; Winston CHURCHILL, ‘The Revolt in Cuba’, *Saturday Review*, 15 enero 1896.

59 WSC a Bourke Cockran, 29 febrero 1896, reproducida en Randolph S. CHURCHILL, *Winston S. Churchill. Youth*, London: C&T, 1966 London; Winston CHURCHILL, ‘The Cuban Insurrection’, *Daily Graphic*, 13 enero 1896; Winston CHURCHILL, ‘The Revolt in Cuba’, *Saturday Review*, 15 enero 1896.

el joven Winston supo explotar los privilegios asociados a sus conexiones con la élite aristocrática inglesa para adaptarse a los nuevos modos de acción política propios de la sociedad de masas. Después de todo, Churchill puso esas conexiones aristocráticas al servicio de una estrategia que trataba de apelar, precisamente, a esa masa que consideró tan “vulgar” cuando llegó a los Estados Unidos.

Esa naturaleza híbrida –o “eduardiana”– del carácter de Churchill, quedó particularmente de manifiesto y fue reforzada por su experiencia en la Gran República y en Cuba. En Estados Unidos entró en contacto, por primera vez, con una sociedad, una cultura y una forma de entender la política en las que la pulsión democrática y la opinión pública de masas se habían desarrollado mucho más que en su Inglaterra natal. La duradera influencia de Bourke Cockran subraya la importancia formativa de esta etapa del viaje. En contraste, la pobre opinión que Churchill expresó sobre la calidad de la prensa y la cultura estadounidense también subrayan los elementos más refractarios a la modernidad emergente en su personalidad sin que el propio Churchill pareciera darse cuenta de lo contradictorio de semejante actitud frente a su propia estrategia política.

Algo similar ocurrió en Cuba. Su contacto con las tropas españolas que trataban de retener el control sobre la colonia reforzó, si cabe, el evidente fervor imperial de Churchill. El joven Winston era perfectamente consciente de las graves deficiencias de gestión de las que adolecía la administración colonial española, aún más tras la profunda impresión positiva de los avances “utilitarios” en los Estados Unidos. Aun así, la solidaridad imperial y el evidente desdén por las capacidades de los rebeldes cubanos –que Churchill percibía como un pueblo colonial, racial y culturalmente distinto de los europeos– le llevó a concluir que estos carecían aún de la madurez necesaria para emanciparse de metrópolis. Los paralelos con la, más que conocida, visión de Churchill sobre el imperio británico son evidentes. Estas percepciones, que sin duda se forjaron en esta etapa temprana de su vida, jamás cambiarían.

En segundo lugar los principales beneficiarios de la aventura, al margen claro está del propio Churchill, fueron sin duda las autoridades de Madrid, que también lograron los objetivos que se debieron haber marcado cuando autorizaron el viaje. En primer lugar, aunque joven e inexperto el viajero pertenecía a, y podía influir sobre, la élite dirigente británica. E incluso la norteamericana. Efectivamente, en público, las inclinaciones de Churchill no dejaban mucho a la imaginación. El *New York Herald*, por ejemplo, titulaba un artículo sobre las aventuras del Churchill en el Caribe observando como este “elogia a [el general Martínez] Campos” y reproducía como, en opinión de Churchill, si no fuera por el general español “Cuba estaría sufriendo masacres y anarquía sin igual”. En cuanto a los españoles en general, el joven aristócrata los definía

como “enérgicos y valientes” en tanto que los mambises cubanos le parecían “soldados no muy buenos”.⁶⁰ Poco puede sorprender, en vista de las opiniones expresadas por Churchill, que medios como la *St. James Gazette* concluyeran que “la victoria rebelde tendría muy poco que ofrecer al mundo en general y a Cuba en concreto”.⁶¹ Incluso la prensa más hostil a la causa española, como el *Leeds Mercury*, se veía en la obligación de reconocer que, en opinión de Churchill, “un gobierno de los cubanos sería aún peor que el de los españoles”, y eso a pesar de describir a esos mismos españoles como “en la verdadera tradición de su raza, inclinados a la crueldad”.⁶²

Más allá de Cuba, Churchill retuvo cierto afecto por los españoles, continuado ya en 1914 por cierta amistad con Alfonso XIII, al que conoció cuando visitó Madrid con ocasión, como no, de un torneo de polo. Más adelante, Churchill incluso le dedicaría un capítulo abyectamente hagiográfico en su libro *Great Contemporaries*, en el que el ya depuesto monarca ocupaba un implausible lugar junto a Lenin, Hindenburg y Clemenceau.⁶³ En realidad, fue entonces cuando se cerró el capítulo de Cuba para Churchill: con ocasión de la visita Alfonso XIII le facilitó la medalla a que tenían derecho todos los participantes en la guerra de Cuba. El presumido Churchill apenas tardó días en solicitar permiso para ostentarla.⁶⁴

BIBLIOGRAFÍA

ARCHIVOS

- Winston Churchill Papers, Churchill College, Cambridge University.

FUENTES PRIMARIAS - ARTÍCULOS PERIODÍSTICOS

- [Columna sin titular] *Leeds Mercury*, 17 de diciembre 1895.
- [Columna sin titular] *New Castle Leader*, 7 de diciembre 1895.
- [Columna sin titular] *Star*, 6 de diciembre 1895.
- “The Disadvantages of a Free Cuba” *St. James Gazette*, 15 de febrero de 1896.
- “Table Talk”, *Morning Post*, 10 de diciembre 1985.
- “Winston Churchill on the Cuban War”, *New York Herald*, 19 de diciembre 1895.

60 ‘Winston Churchill on the Cuban War’, *New York Herald*, 19 de diciembre 1895.

61 ‘The Disadvantages of a Free Cuba’ *St. James Gazette*, 15 de febrero de 1896.

62 [columna sin titular], *Leeds Mercury*, 17 de diciembre 1895.

63 Winston CHURCHILL, *Great Contemporaries*, London: Odham Press, 1939, p. 159-170.

64 WSC a Alfonso XIII, 30 mayo 1914, Churchill Archive, 1/112.

- “The Cuban Revolt”, *Morning Post*, 11 de diciembre 1895.
- Winston CHURCHILL, “The Cuban Insurrection”, *Daily Graphic*, 13 enero 1896.
- Winston CHURCHILL, “The Revolt in Cuba”, *Saturday Review*, 15 enero 1896.

FUENTES PRIMARIAS - LIBROS

Winston CHURCHILL, *London to Ladysmith via Pretoria*, London: Longmans Green, 1900.

Winston CHURCHILL, *My Early Life*, London: Eland, [1930]1990.

Winston CHURCHILL, *Great Contemporaries*, London: Odham Press, 1939.

Winston CHURCHILL, *Never Give In! Winston Churchill Political Speeches*. London: Bloomsbury, 2004

Edith WARTON, *The Buccaneers*, London: Penguin, [1937] 1992

Fuentes secundarias

Randolph S. CHURCHILL, *Winston S. Churchill*. Vol. 1 *Youth*, London: C&T, 1966 London.

Randolph S. CHURCHILL, Randolph S., “*Winston S. Churchill*, vol. 2 *Young Statesman 1901-1914*”. London: C&T, 1967 London.

Carlo D’ESTE, *Warlord: A Life of Winston Churchill at War, 1874 – 1945*, New York: HarperCollins, 2008.

Daniel FERNÁNDEZ DE MIGUEL, *El Enemigo Yanqui: Las Raíces Conservadoras del Antiamericano Español*, Madrid: Genuève Ediciones, 2012.

Martin GILBERT, *Churchill. A Life*, London: Pimlico, 2000.

Adrian GOLDSWORTHY, *Caesar*, London: Phoenix, 2006.

Richard F. HAMILTON, *America’s New Empire: The 1890s and Beyond*, New York: Transaction Publishers, 2010.

David HARVEY, *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change*, London: Wiley-Blackwell, 1989.

Simon HEFFER, *Like The Roman. The Life of Enoch Powell*, London: Faber and Faber, 1998.

Roy JENKINS, *Churchill*, London: McMillan, 2001.

Doris KEARNS GOODWIN, *Team of Rivals: The Political Genius of Abraham Lincoln*, New York: Simon & Schuster, 2012.

Russell KIRK, *Confessions of a Bohemian Tory*, New York: Fleet Publishing Corporation, 1963

Hal P. KLEPAK, *Churchill Comes of Age. Cuba 1895*, Stroud: Spellbound, 2015. LOVELL, Mary, *The Churchill’s in Love and War*, New York: W. W. Norton & Company. 2011.

'Una forma extraordinaria de proceder': Winston Churchill, Cuba y el ocaso de una era (1895)

Frank McLYNN, *Napoleon. A Biography*, London: Pimlico, 1998.

Lourdes MÉNDEZ VARGAS, *Arroyoblanco: La Ruta Cubana de Churchill*, Sancti Spiritus: Luminaria, 2014.

Douglas S. RUSSELL, *Winston Churchill. Soldier*, London: Conway, 2005.

Richard TOYE, *Churchill's Empire. The World That Made Him and the World He Made*, London: McMillan, 2010.

ARTÍCULO RECIBIDO: 02-12-19, ACEPTADO: 04-12-19